



LAS SIETE PALABRAS
QUE HABLÓ
NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO,
Y EL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ.



LAS SIETE PALABRAS QUE HABLO CRISTO EN LA CRUZ.

Viérnes Santo ¡qué dolor!
espiró crucificado
Cristo nuestro Redentor;
mas antes dijo angustiado
siete palabras de amor.

La primera, fué rogar
por sus propios enemigos;
¡oh caridad singular,
que á los que fueron testigos
mucho les hizo admirar!

La segunda, un ladron hizo
su peticion eficaz,
la que Jesus satisfizo
diciéndole: hoy serás
conmigo en el Paraiso.

A su Madre, la tercera
palabra la dirigió,
diciéndole recibiera
por hijo á Juan, y añadió,
que él por Madre la tuviera.

La cuarta, á su Padre amado
dirije con afecto pío,
pues viéndose tan angustiado,

dijo al Eterno, ¡Dios mio!
¿por qué me has desamparado?

La quinta, estando sediento
por hallarse desangrado,
dijo casi sin aliento:
sed tengo, y allí le fué dado
hiel y vinagre al momento.

La sexta, habiendo acabado
y plenamente cumplido
todo lo profetizado,
dijo muy enternecido:
ya está todo consumado.

La sétima con fervor
su espíritu entrega en manos
de su Padre, con amor.
De esta manera cristianos,
murió nuestro Redentor.

*Por las angustias y penas
que padecisteis Jesus,
en la Cruz, pido de veras,
merezcamos ver tu luz
en las moradas eternas.*

DESPEDIDA DE LA SANTISIMA VIRGEN A SU HIJO.

Oye, alma, la tristeza
y la amarga despedida
que la Madre de pureza
hizo de Jesus, su vida,
postrada ante su grandeza.

Contemplad cuan dolorida
nuestra Madre Soberana,
llorando se despedia
del Hijo de sus entrañas,
y de esta suerte le decia:

«Adios, Jesus amoroso,
adios, claro sol del dia;

adios, celestial esposo,
de mi virginidad palma,
de mi vientre fruto hermoso.

Adios, lucero inmortal,
adios, lumbre de mis ojos:
que me dejas cual rosal
entre espinas y entre abrojos,
y en una pena mortal.

Hijo que á morir te vés,
adios, fin de mis suspiros
ya no te veré jamás,
pues nací para serviros,
y para penar no mas.»

RELACION MISTICA DE LA DOLOROSA PASION Y MUERTE DE NUESTRO

SEÑOR JESUCRISTO, Y EL DESCENDIMIENTO DE LA SANTA CRUZ.

Alma, si eres compasiva,
mira, atiende y considera
al pié de la Cruz Maria,
viendo estar pendiente de ella
á su dulcísimo Hijo,
abierto con cinco puertas,
corriendo arroyos de sangre,
coronada la cabeza
de penetrantes espinas
corriendo sangre por ella,
que por su divino rostro
de hilo en hilo gotea.
Mira aquel color difunto,
y aquella boca de perlas,
parece un clavel morado
de haber caído en las piedras;
las rosas de sus mejillas,
dos cardenales en ellas,
su garganta que la nieve
no le hacia diferencia,
desollada y denegrada;
hombros y espaldas abiertas,
que de los gruesos azotes
los huesos se ven por ellas.
En los brazos y rodillas
tiene las llagas abiertas
de haber caído en el suelo
llevando la Cruz á cuestas,
llagado y corriendo sangre
de los pies á la cabeza.
Su Madre le está mirando,
oye como se lamenta:
«Hijo de mi corazón,
¿qué culpas fueron las vuestras
que así os quiten la vida,
siendo la misma inocencia?
¡Oh todos los que pasais,
atended, mirad mi pena,
si hay dolor que á mi dolor
pueda hacerle competencia!

Solo este Hijo tenia
y por envidia y soberbia,
sin culpa me lo han muerto.
¡Ay Jesus! que me atraviesa
una espada el corazón.
¡Ay que la noche se acerca...?
No tenga una sepultura,
ni una mortaja siquiera:
no hay quien de la Cruz lo baje:
¿qué hará esta esclava vuestra?
Ángeles de mi custodia
¿cómo no aliviáis mi pena?»
Los ángeles respondieron;
«no nos han dado licencia
de bajar, que vuestro Hijo
no corre por nuestra cuenta.»
Volvió la Virgen los ojos,
y viendo que viene cerca
una cuadrilla de gente
que traían dos escaleras,
le dijo sobresaltada
á S. Juan, de esta manera:
«dime, Juan, hijo querido,
¿sabes qué gente es aquella?
¿qué injuria querrán hacer
á esta infinita grandeza?
S. Juan dijo: Madre mia,
dejad y no tengais pena,
que son José y Nicodemus,
y vendrán á cosa buena.»
Llegan los santos varones,
viendo la divina Reina
al pié de la Cruz llorando,
y á su hijo muerto en ella:
á sus pies se arrodillaron,
comenzaron con gran pena,
á espresar su sentimiento,
y á las palabras primeras,
con la fuerza del dolor
todos á llorar comienzan.

Llora José y Nicodemus
llora la sagrada Reina
y todos los que allí estaban,
tambien Juan y Magdalena;
tales eran los sollozos,
que los corazones quiebran,
mas la dolorosa Madre
dijo: la noche se acerca;
y José con Nicodemus
arriman las escaleras
al santo árbol de la Cruz,
y ambos subieron por ellas.
Quitáronle la corona,
se la dán con reverencia
á la dolorosa Madre,
y tomándola la besa:
corona que el Rey del Cielo
tuvo puesta en la cabeza,
haz, mi Dios, que los mortales
la traten con reverencia.
Luego la dieron los clavos
y con humildad los besa;
¡oh clavos que atravesábais
aquellas palmas supremas
que al Cielo y todas las cosas
dieron ser y las conserva!
heristeis mi corazon
con una aguda saeta.
Bajan el difunto cuerpo
y S. Juan por la cabeza,
Magdalena por los pies,
á la Virgen se lo entregan;
y teniéndole en sus brazos,
mirando aquella belleza
que está tan desfigurada;
muy triste á decir comienza:
«venid, los que teneis sed,
que están las fuentes abiertas;
venid, los que estais hambrientos
á este Pan de vida eterna:
venid, los que estais enfermos,

119

que la medicina es esta,
venid, á todos convido,
pues que á nadie se niega.»
Luego José y Nicodemus
dan los unguentos que llevan
unjen el divino cuerpo,
y en una sábana nueva
le envolvieron, y un sudario
pusieron en su cabeza;
y con amorosos pasos
hácia el sepulcro se acercan.
Van muchos fieles delante,
y los que al difunto llevan,
Nicodemus y José,
(que fué su suerte tan buena)
el Centurion y S. Juan,
luego vá la humilde Reina
cercada de serafines,
las tres Marías con ella:
mas en llegando al sepulcro
le ponen con reverencia;
y luego cierran la losa.
Muchos ángeles se quedan
acompañando al Señor:
los demás dieron la vuelta
y al pasar por el Calvario
adoró la triste Reina
el santo árbol de la Cruz,
todos los demás con ella.
A Jerusalem caminan,
mas al despedirse de ella
todos se apartan llorando,
y su bendicion les hecha.
Al Cenáculo se fué
con Juan y la Magdalena,
hasta la resurreccion,
que con grande fé la esperan.
Tratemos de acompañarla
y consolarla en sus penas,
para recibir el premio
despues en la vida eterna.

FIN

Carmona, imp. de D. José M. Moreno, Madre de Dios 1.